

Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos políticos

National Heroes as Emotional Vehicles of Political Concepts

Ana Isabel González Manso
Universidad del País Vasco. España
Anabel.gonzalez.manso@gmail.com

Abstract

This article deals with the relationship between concepts, heroes and emotions. To that purpose it propounds an explicative mechanism through the comparative analysis of the use of heroes in Spanish politics in the late eighteenth century and the first half of the nineteenth century. The spread of some political concepts was facilitated by their association with heroes of the past, which not only provide legitimacy but also a strong emotional burden in terms of the values they represented. The proposed methodology is applied to the examination of political uses of two historical figures: Padilla and Pelayo.

Key Words

Emotions, national heroes, intellectual history, nineteenth century.

Resumen

El presente artículo examina la relación entre conceptos, héroes y emociones. Para ello propone un mecanismo que se sirve del análisis comparado del uso de héroes en la política española de finales del siglo XVIII y de la primera mitad del XIX. La difusión de ciertos conceptos políticos se vio facilitada por su asociación con héroes del pasado que no solo aportaban legitimidad y prestigio sino también una fuerte carga emocional dado los valores que estos héroes representaban. Las consideraciones metodológicas se aplican al análisis de los usos políticos de dos personajes históricos: Padilla y Pelayo.

Palabras clave

Emociones, héroes nacionales, historia intelectual, siglo XIX.

Introducción

El recurso a héroes nacionales mitificados, históricos o ficticios, pero considerados como figuras reales por la mayoría de la población, es una herramienta ampliamente utilizada en los discursos políticos con la finalidad de obtener consenso y apoyo. Un típico ejemplo en el que se puede apreciar esta práctica, es el de la movilización nacional, tema que ha generado un gran número de estudios¹ que han

¹ Slavoj Žižek, *Tarring with the Negative* (Durham: Duke University Press, 1993), 202; Matthew Levinger y Paula F. Lytle, "Myth and Mobilisation: The Triadic Structure of Nationalist Rhetoric", *Nations and Nationalism*, vol. 7, 2 (2001): 175-94; Yannis Stavrakakis, "Passions of Identification: Discourse, Enjoyment and European Identity", en David Howarth y Jacob Torfing (eds.), *Discourse Theory in European Politics* (London: Palgrave, 2004).

tratado de explicar la retórica de los mecanismos de dicha movilización (programa NHIST).² El sociólogo alemán Karl Siegfried Rehberg argumentó que incluso en el mundo racional moderno hay símbolos y figuras simbólicas (y los héroes nacionales pueden ser potenciales figuras) que son algo más que meras imágenes o sustitutos de valores abstractos, dado que encarnan estos valores en el sentido de una *Realpräsenz*.³

El propósito del presente trabajo es investigar el papel de los héroes mitificados (y su relación con las emociones que suscitan) en la articulación del discurso político de los liberales españoles en el siglo XIX. La construcción de los héroes mitificados, históricos o ficticios, y su papel en la mitología nacional han sido ampliamente estudiados por lo cual en el presente estudio no se analizará específicamente la historiografía concerniente a esa construcción.⁴ Este estudio, así pues, no está centrado en cómo se construye la mitificación de un héroe sino en los usos políticos de los héroes en la transmisión de conceptos políticos.

Estudios recientes sobre el marco social, intelectual y político del siglo XIX, relacionan las emociones con conceptos básicos como Nacionalismo, Patriotismo o Libertad.⁵ En este sentido mi propuesta radica en utilizar conjuntamente una perspectiva conceptual y emocional para analizar el papel movilizador y transmisor de ideología de los héroes del pasado en los discursos políticos españoles del siglo XIX. Pretendo demostrar el papel jugado por estos héroes del pasado como “herramientas de sensibilización” o mejor dicho como “vehículos emocionales” en grado de facilitar la transmisión de los nuevos conceptos políticos manejados por los liberales españoles en el siglo XIX. Con este propósito analizaré primeramente el papel jugado por las emociones en la construcción del discurso político para posteriormente estudiar cómo se articula la relación entre héroes y emociones. Finalmente, propondré un mecanismo explicativo que relacione conceptos, héroes y emociones en esta función movilizadora, mecanismo que pueda ser aplicado, con las oportunas modificaciones ligadas al contexto histórico, tanto al siglo XIX como a nuestros días.

El papel de las emociones en la construcción del discurso político

² Entre 2003 y 2008 el programa NHIST, “Representations of the Past: The Writing of National Histories in Europe” analizó las historiografías nacionales de 30 países europeos entre la segunda mitad del siglo XVIII y hasta nuestros días. Este programa partió de la idea de considerar la historia como uno de los principales elementos en la construcción de las identidades nacionales en Europa.

³ Karl-Siegbert Rehberg, “Weltrepräsentanz und Verkörperung. Institutionelle Analyse und Symboltheorien. Eine Einführung in systematischer Absicht”, en Gert Melville (ed.), *Institutionalität und Symbolisierung* (Köln/Weimar/Wien: Böhlau, 2001), 3-49; Karl-Siegbert Rehberg, “Präsenzmagie und Zeichenhaftigkeit. Institutionelle Formen der Symbolisierung”, en Gerd Althoff (ed.), *Zeichen-Rituale-Werte. Internationales Kolloquium des Sonderforschungsbereiches 496 an der Westfälischen Wilhelms-Universität Münster* (Münster: Rhema, 2004), 19-36.

⁴ A modo de ejemplo Stefan Berger, “On the role of Myths and History in the Construction of National Identity in Modern Europe”, *European History Quarterly*, vol. 39, 3 (2009): 490-502; Linas Eriksonas, *National Heroes and National Identities. Scotland, Norway and Lithuania* (Brussels: P.I.E. Peter Lang, 2004).

⁵ Maurizio Isabella, “Emotions, Rationality and Political Intentionality in Patriotic Discourse”, *Nations and Nationalism*, vol. 15, 3 (2009): 427-33; Glenda Sluga, “Passions, Patriotism and Nationalism, and Germaine de Staël”, *Nations and Nationalism*, vol. 15, 2 (2009): 299-318.

Por influencia del pensamiento ilustrado, la razón y la emoción se han considerado elementos netamente separados, como el cuerpo y la mente.⁶ Solo desde hace unos años, y gracias principalmente a trabajos de neurociencia, se empieza a comprender que razón y emoción comparten muchas vías fisiológicas de expresión y que las emociones y los sentimientos tienen una poderosa influencia sobre la razón sin que este hecho suponga una minusvaloración de la misma. En un sentido general, las emociones pueden ser definidas como las habilidades introspectivas que permiten a los individuos relacionar sus estados mentales con las conductas adoptadas según las circunstancias. En este contexto, las emociones pertenecen al campo de la conciencia reflexiva y así pues encarnan un proceso de evaluación y de reglas sociales. Las emociones, como los sentimientos, permiten fijar experiencias pasadas y tomar las decisiones más convenientes en situaciones conflictivas.⁷ Son mecanismos evolutivos que se han ido desarrollando progresivamente pero que estarían interconectados en pro de obtener una respuesta al medio más eficaz y rápida que facilite una mejor supervivencia como individuos y como especie.

En los últimos años, se ha apreciado la necesidad de analizar en los estudios históricos, conjuntamente con los lenguajes ideológicos y las categorías políticas, el papel de las emociones en la construcción del discurso político.⁸ Para autores como Chantal Mouffe, es importante considerar la dimensión afectiva movilizadora por las identificaciones colectivas. La política “necesita tener un influjo real en los deseos y fantasías de la gente” y favorecer su dimensión “partisana”.⁹ Simon Blackburn, por su parte, introduce el término de *concern* (“things that we care about, aspects of the situation that present themselves as reasons for an against action”),¹⁰ término que Sharon R. Krause retoma como base para combinar las formas emocionales y cognitivas necesarias en la toma de decisiones y de acciones en el campo político.¹¹

En el estudio del papel de las emociones en los discursos políticos, podemos distinguir principalmente dos enfoques, en muchos casos complementarios: el que analiza las emociones como un elemento constitutivo de la retórica, relacionándolo con la teoría de la recepción, y el que analiza las emociones como expresiones sociales y culturales.¹² A estos enfoques se ha añadido en los últimos años el aportado por las neurociencias, enfoque que no debe conducirnos a legitimar una exclusiva biologización en la interpretación de los fenómenos sociales.

⁶ Antonio R. Damasio, *Descartes' error: Emotion, Reason, and the Human Brain* (New York: G.P. Putnam's Sons, 1994).

⁷ Ignacio Morgado, *Emociones e inteligencia social. Las claves para una alianza entre los sentimientos y la razón* (Barcelona: Planeta, 2010), 124.

⁸ Peter N. Stearns y Carol Z. Stearns, *Anger: The Struggle for Emotional Control in America's History* (Chicago: University of Chicago Press, 1986); Martha C. Nussbaum, *The Therapy of Desire. Theory and Practice in Hellenistic Ethics* (Princeton: University Press, 1994); George Lakoff, *Don't think of an elephant! Know your values and frame the Debate - The Essential Guide for Progressives* (White River Junction, Vt: Chelsea Green Pub. Co., 2004).

⁹ Chantal Mouffe, *En torno a lo político* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2007), 13.

¹⁰ Simon Blackburn, *Ruling Passions: A Theory of Practical Reasoning* (Oxford: Oxford University Press, 1998), 123.

¹¹ Sharon R. Krause, *Civil Passions. Moral Sentiment and Democratic Deliberation* (Princeton: Princeton University Press, 2008), 8.

¹² Daniel M. Gross, *The Secret History of Emotion. From Aristotle's Rhetoric to Modern Brain Science* (Chicago: University Chicago Press, 2006), 3.

La utilización del elemento emocional dentro de la práctica de la retórica ha sido habitual en los discursos políticos desde época de Aristóteles y su *Arte de la Retórica*. Según destaca Angus Gowland, “the end product, then, is not persuasive speech, but a persuaded audience”, lo cual proporciona a la retórica un carácter pragmático que requiere de una serie de *loci communes*.¹³ De hecho, el discurso con sus mecanismos retóricos, tiene como principal función la de transmitir una ideología capaz de impeler a la acción; en este sentido, el apelar a las emociones puede ser considerado un artefacto retórico.¹⁴ La eficacia de la retórica provocando emociones puede ser tal que determine el cambio de valoración de significados de conceptos utilizados en los discursos. Según Quentin Skinner, que considera los discursos como actos ilocucionarios, los conceptos empleados en los mismos no son entidades estables, solo existen en movimiento, cuando se les utiliza como instrumentos de acción política y de legitimación ideológica,¹⁵ por lo que pueden ser redefinidos atendiendo a las *neighborly relations*.¹⁶

Si la *description* “is frequently also moral evaluation”, esta puede ser una *redescription*: “persuading one’s audience that what has been previously valued as morally good should in fact be properly accounted as bad, or *vice versa*”.¹⁷ Pero este cambio es una acción efímera en el tiempo: está ligado al momento del discurso. Para que este cambio de valoración se consolide, es necesario un cambio en los valores y en los conceptos sociales. Para Daniel M. Gross, “even the recent theoretical turn to ‘constitutive rhetoric’ typically fails to *integrate the rhetoric of emotion with the effort to develop a more sophisticated model of persuasion that situates rhetoric in culture rather than in the intentions of the orator or author*”.¹⁸ La utilización de héroes del pasado, como se mostrará a continuación, puede tener el propósito retórico de provocar una emoción en el público a través de los valores representados por esos héroes. En este sentido el uso de los héroes puede resultar particularmente eficaz si se le vincula estrechamente con la difusión de los nuevos conceptos políticos.

En los discursos políticos, las emociones intervienen de manera importante en la construcción y en la difusión de las ideologías. Las ideologías forman las representaciones sociales de las creencias compartidas de un grupo y funcionan como el marco de referencia que define la coherencia global de estas creencias al tiempo que ayudan a definir la identidad del grupo; esta identidad responde a elementos cognitivos personales y sociales, estando ambos influenciados por las emociones.¹⁹ Para convertir en irreversible esta identidad, se suelen poner en marcha mecanismos emocionales para producir recuerdos colectivos ejemplarizantes a los cuales poder recurrir posteriormente.²⁰

¹³ Angus Gowland, “Ancient and Renaissance Rhetoric and the History of Concepts”, *Finnish yearbook of Political Thought*, 6 (2002): 68 (67-83).

¹⁴ Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-century Europe* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1975).

¹⁵ Quentin Skinner, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, *History and Theory*, vol. 8, 1 (1969): 50-1 (3-53).

¹⁶ Quentin Skinner, “Rhetoric and Conceptual Change”, *Finnish Yearbook of Political Thought*, 3 (1999): 69 (60-73).

¹⁷ A. Gowland, “Ancient and Renaissance”, 76-7.

¹⁸ D. M. Gross, *The Secret*, 10.

¹⁹ Teun A. van Dijk, *Ideología y discurso* (Barcelona: Ariel, 2003).

²⁰ Marie-Claude Grohens, “Production d’identité et mémoire collective”, en *Identités collectives et changements sociaux*, Colloque international Toulouse, Sept. 1979 (Toulouse: Privat, 1986).

Por otra parte, diferentes autores enfatizan el carácter irreductiblemente social de las emociones, lo cual las hace deudoras de las normas, culturas, lenguajes y estructuras sociales específicas.

Nuestras emociones dependen completamente de nuestras creencias, en particular de las que nos indican lo que es bueno o malo para nosotros. Estas creencias personales se basan en los valores objetivos y prejuicios de la sociedad y grupos humanos a los que la gente pertenece, lo cual hace que las emociones se conviertan en algo completamente relativo.²¹

Las emociones dependen del lugar y periodo histórico específico vivido por cada individuo; la historicidad de las emociones es un dato innegable.

Martha C. Nussbaum considera que las emociones se basan en creencias (entendidas como “any cognitive state that involves seeing X as Y”)²² verdaderas o falsas, razonables o no, que involucran una estimación o evaluación que puede ser modificada: “because emotions involve appraisal, the appraisal of those emotions will reflect a society’s norms”.²³ A pesar de que Barbara Rosenwein considera que cada grupo en la sociedad constituye una *emotional community* que adhiere a una misma valoración de las emociones así como a la expresión de estas,²⁴ de manera que los sentimientos nunca pueden ser entendidos fuera de contexto,²⁵ comparto la opinión de Nussbaum de la universalidad conductual de algunas emociones aunque considerando siempre la variabilidad cultural.²⁶ Los repertorios emocionales de dos sociedades nunca resultan totalmente opacos; por ejemplo el amor cortés medieval se puede entender desde el momento en que “we can imagine ourselves in that world only at a very general and partial level, focusing on ideas of sacrifice, idealism, devotion, and the ‘gentle heart’ that are still available to us”.²⁷ En este sentido los héroes del pasado son válidos también en las sociedades actuales: representan unos valores y emociones humanos muy generales con los cuales la humanidad puede identificarse. Para Christophe Traïni una emoción podría ser “une action expressive qui contribue à retranscrire des expériences individuelles partiellement indicibles dans un système de significations et de prescriptions normative socialement reconnu”.²⁸ La expresión de las emociones podría constituir un lenguaje especial que los miembros del grupo entienden y utilizan para comunicarse entre ellos. Incluso si el lenguaje cambia con el tiempo, ciertas expresiones básicas no cambian y permanecen comprensibles, aunque cambie incluso el momento contextual. Este hecho facilita el uso retórico de los héroes del pasado en la difusión de los nuevos conceptos políticos. El héroe, que encarna unos valores, es portador de una fuerte carga emocional comprensible en muy diferentes contextos históricos; en este

²¹ María Tausiet y James S. Amelang, “Introducción. Las emociones en la historia”, en María Tausiet y James S. Amelang (eds.), *Accidentes del alma. Las emociones en la Edad Moderna* (Madrid: Abada, 2009), 11-2 (7-31).

²² Martha C. Nussbaum, *Hiding from Humanity. Disgust, Shame, and the Law* (Princeton: Princeton University Press, 2004), 27.

²³ *Ibid.*, 46.

²⁴ Barbara Rosenwein, “Worrying about Emotions in History”, *American Historical Review*, vol. 107, 3 (2002): 842 (821-45).

²⁵ Jan Plamper, “The History of Emotions: An Interview with William Reddy, Barbara Rosenwein, and Peter Stearns”, *History and Theory*, 49 (May 2010): 259 (237-65).

²⁶ M. C. Nussbaum, *The Therapy*, 488; Martha C. Nussbaum, *Upheavals of Thought. The Intelligence of Emotions* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001), 159.

²⁷ M. C. Nussbaum, *Upheavals of Thought*, 170.

²⁸ Christophe Traïni, “Des sentiments aux émotions (et vice-versa). Comment devient-on militant de la cause animale?”, *Revue Française de Science Politique*, vol. 60, 2 (2010): 340 (335-58).

sentido el héroe puede ser útil al asociarlo con el nuevo concepto político que se quiere difundir. La Fig. 1 resume las mutuas relaciones de estos factores.

Tal y como William H. Reddy destaca,²⁹ los estudios históricos deberían prestar cada vez más atención a los avances en las neurociencias y en particular a la *Emotion Regulation* y a los posibles automatismos de las estrategias culturales.³⁰ Jan Plamper, desde posiciones críticas al constructivismo social post moderno, ve sin embargo ciertos límites a las teorías de Reddy y al hecho de que los historiadores caigan bajo el influjo de las neurociencias.³¹ Por su parte, John A. Bargh and Lawrence E. Williams definen la automaticidad como “Automatic processes are characterized by their *unintentional*, relatively *effortless* (i.e., *efficient*; minimal attentional resources required) and *uncontrollable* nature and operation *outside awareness*”.³² Un automatismo solo existe en la experiencia de los sentimientos pero su expresión pública (las emociones en cierto modo), está fuertemente condicionada por factores culturales e históricos. Michael S. Gazzaniga está convencido de que los juicios morales son básicamente intuitivos pero que la gente tiende a crear una teoría racional para explicar por qué siente lo que siente.³³

Algunos teóricos de las emociones consideran poco relevante el papel de la sociedad y ven la vida emocional como universal en los aspectos fundamentales. Esa universalidad se manifestaría a través del automatismo biológico, una de cuyas expresiones serían las “neuronas espejo”, elementos fisiológicos estrechamente relacionados con la capacidad de entender los estados mentales de los otros, la intersubjetividad y la empatía, y así pues con un papel en la modelación de las interacciones sociales entre las personas. La acción de estas neuronas se basa en la experiencia y por eso sería pre-reflexiva y automática.³⁴ De hecho, la expresión pública de las emociones produce con frecuencia efectos importantes sobre las experiencias subjetivas de los oyentes.

Martínez de la Rosa, escritor liberal moderado, expresó la misma idea cuando en 1812 escribió:

No se despiertan con tanta prontitud y vehemencia los afectos del ánimo cuando se presenta en el teatro un argumento de esta clase, por importante que sea, como cuando se excita el terror y la compasión, ofreciendo la pintura fiel de las desgracias que afligen a una o a pocas personas, por lo común no exentas de flaquezas o culpas; en este caso, como que el espectador se coloca más fácilmente en la situación de los desdichados, y siente con más eficacia la conmiseración de los males ajenos y el temor de experimentarlos él propio; pero cuando se representa la catástrofe de un pueblo, hallando el interés de los espectadores campo más vasto en que ensancharse, se concentra a duras penas en un solo punto y, por consiguiente, es menos vivo.³⁵

²⁹ William H. Reddy, “Neuroscience and the Fallacies of Functionalism”, *History and Theory*, 49 (October 2010): 412-25.

³⁰ James J. Gross (ed.), *Handbook of Emotion Regulation* (New York: Guilford Press, 2007).

³¹ Jan Plamper, *The History of Emotions. An Introduction* (Oxford: Oxford University Press, 2015).

³² John A. Bargh y Lawrence E. Williams, “The Nonconscious Regulation of Emotion”, en James J. Gross (ed.), *Handbook of Emotion Regulation* (New York: Guilford Press, 2007), 432 (429-45).

³³ Michael S. Gazzaniga, *El cerebro ético* (Barcelona: Paidós, 2006), 174.

³⁴ Marco Iacoboni, *Las neuronas espejo. Empatía, neuropolítica, autismo, imitación o de cómo entendemos a los otros* (Buenos Aires: Katz, 2009), 254.

³⁵ Francisco Martínez de la Rosa, “Advertencia”, en *Obras dramáticas* (Madrid: Imp. Qué fue de García, 1814; reimpr. Madrid: Espasa Calpe, 1933), 4-5 (las páginas citadas se refieren a la reedición).

Para Marco Iacoboni hay formas del reflejo especular que participan en ciertos aspectos del pensamiento político dado que una de los componentes de la política es la afinidad con los otros con quienes compartimos valores e ideas acerca de la forma en que debería organizarse la sociedad.³⁶

Reddy incorpora este automatismo a sus teorías pero matizando: “What count as ‘cultural’ in many contexts are the common patterns of automatic processing that individuals learn together, through repetitious behaviour and shared history”.³⁷ En otras palabras, Nussbaum afirma: “we internalize culturally narrated scenarios that give us the dimensions, pace, and structure of the emotion. And these scenarios are then enacted in our lives, as we cast ourselves and others in the roles created by them”.³⁸

Héroes como vehículos emocionales de conceptos

A pesar del carácter histórico de las emociones, a partir de las consideraciones previas, la vida emocional puede ser considerada como universal en sus aspectos más básicos. Esta universalidad se manifestaría mediante un automatismo biológico. En los discursos con referencias identitarias a unos héroes históricos (o ficticios), predomina el uso intencional de la retórica por parte de un grupo determinado en un contexto histórico determinado. Pero este recurso retórico, más que apoyarse en el recuerdo específico de unos personajes de la memoria colectiva del grupo, se apoya en las emociones individuales y colectivas que suscitan esos personajes por su asociación con determinados valores.³⁹ Los personajes históricos (o ficticios) sintetizan la legitimación y el prestigio adquirido con el tiempo y, contemporáneamente, recuerdan ciertos acontecimientos (reales o no), frecuentemente arquetípicos (positivos o negativos), pero siempre con una fuerte carga emocional. La recuperación de hechos del pasado en los cuales los héroes se vieron involucrados, refleja ideológicamente el deseo de legitimación de hechos actuales: con esta finalidad se establece una aparente similitud entre hechos presentes y pasados. Los hechos pasados adquieren una importancia retórica y legitimadora en cuanto que están asociados con héroes poseedores de una fuerte carga emocional. La razón para esa vinculación subyace en los valores (encarnados por los héroes) con los cuales la sociedad actual se identifica o quiere identificarse (Fig. 2).

Por otra parte, no se puede concluir que haya en la utilización de estos personajes, además de la intencionalidad ideológica, una intencionalidad retórica “emocional” por parte del político que pone en juego dichos personajes; creo que su uso responde posiblemente a la externalización de la emoción que el recuerdo de ese personaje suscita en el propio político u autor, recuerdo filtrado a través de su razón. Pienso por ello que no es en sí tan importante el saber si en el imaginario colectivo pervive un determinado recuerdo de un héroe histórico, dado que ese recuerdo a través de los siglos se ha ido modificando, adaptándose con fines legitimadores a las necesidades ideológicas del momento histórico. El héroe es capaz de provocar unas emociones porque se asocia con ciertos valores básicos. Soy plenamente consciente de la historicidad de los valores pero creo en la existencia de unos valores generales (valor, nobleza, lealtad...) y de unas

³⁶ M. Iacoboni, *Las neuronas espejo*, 235.

³⁷ W. H. Reddy, “Neuroscience”, 424.

³⁸ M. C. Nussbaum, *The Therapy*, 508.

³⁹ Anthony D. Smith, *Myths and Memories of the Nation* (Oxford: Oxford University Press, 1999), 65.

emociones que son básicas y universales. Esta existencia, sin embargo, no implica que su expresión pública y social sea la misma en cualquier lugar y tiempo. Sobre esta base, el uso intencional del héroe es importante y se justifica porque sirve como concreción de una serie de valores generales que suscitan emociones generales.⁴⁰ No es importante la naturaleza del héroe; él/ella pueden ser personas históricas o ficticias. La realidad y fuerza de un héroe radican en su habilidad en encarnar una serie de valores humanos y en su capacidad de provocar fuertes emociones. De esta manera el héroe sobrevive en el imaginario colectivo, incluso si las condiciones políticas y sociales sufren importantes cambios, facilitándose su utilización. A través del discurso político, el héroe (conjuntamente con las emociones que él/ella evocan) se asocia con los conceptos del momento presente del discurso: de esta manera él/ella provoca adhesión o rechazo, lo cual a su vez conduce a la acción política deseada. La historicidad de los conceptos puede determinar que la valoración del héroe varíe de positiva a negativa o viceversa dependiendo del contexto particular.

El recurso al héroe mitificado cumple dos requisitos que lo hacen particularmente útil en la retórica discursiva de incitación a la acción. El héroe es un personaje histórico (o ficticio), presente en la memoria colectiva de un grupo por diferentes motivos, al que se le puede vincular con una serie de conceptos como Libertad, Patria, Derechos..., conceptos que expresan diferentes significados (fruto de elementos cognitivos personales y sociales). Al mismo tiempo, y esto es lo que hace al héroe del pasado más significativo frente a otras referencias históricas, ese personaje provoca emoción en el autor que lo menciona y en el público que lo lee u oye. Se crea una corriente de empatía entre autor-personaje (histórico o ficticio)-público que predispone o facilita la transmisión del mensaje ideológico. Un concepto abstracto como Libertad, Igualdad... (con el significado que en un momento concreto se le quiera dar), suscita adhesiones emocionales importantes si se presenta en forma de un slogan repetitivo⁴¹ o se asocia con una imagen concreta.⁴² Los “Lieux de mémoire”, como placas conmemorativas, monumentos, transmiten un mensaje, por lo general de poder del grupo dominante⁴³ y correspondiente solo a una de las memorias existentes.⁴⁴ Sin embargo para que estos “Lieux de mémoire” sean efectivos en la transmisión de conceptos, deben suscitar una emoción importante, y para que esto suceda los individuos que los contemplan deben vincularlos con acontecimientos fuertemente emotivos para ellos (y así pues de implicación personal).⁴⁵

Pilar García Trobat, nos recuerda cómo las lápidas conmemorativas de la Constitución se convirtieron en iconos, y así pues en principal objetivo (para su

⁴⁰ Krzysztof Pomian, “Francs et Gaulois”, en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de Mémoire, Les France. Conflits et partages*, vol. 2 (Paris: Gallimard, 1997), 2250 (2245-300).

⁴¹ Mona Ozouf, “Liberté, Égalité, Fraternité”, en Pierre Nora (dir.), *Les lieux de Mémoire, Les France. Identifications*, vol. 3 (Paris: Gallimard, 1997), 4353-88.

⁴² René Rémond, “La fille Aînée de l’Eglise”, en Pierre Nora (dir.), *Les lieux*, vol. 3, 4321-51.

⁴³ P. Nora (dir.), *Les Lieux*, 3 vols.

⁴⁴ Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, “Conceptual History, Memory, and Identity; an Interview with Reinhart Koselleck”, *Contributions to the History of Concepts*, vol. 2, 1 (2006): 114 (99-127).

⁴⁵ Alberto Rosa, Guglielmo Bellelli y David Bakhurst, “Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional”, en Alberto Rosa, Guglielmo Bellelli y David Bakhurst (eds.), *Memoria colectiva e identidad nacional* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2000), 80-1 (41-87).

destrucción) de los enemigos de la Constitución.⁴⁶ El héroe histórico (o ficticio) permite focalizar la emoción sobre un personaje y de esta manera transferir esta emoción a los conceptos abstractos deseados.

Se produciría así una traslación de doble sentido entre concepto y personaje histórico (o ficticio) tal y como se puede apreciar en la Fig. 2 –dado que en el imaginario colectivo ciertos personajes históricos (o ficticios) llevan asociados ciertos valores y así pues ciertas emociones–, los conceptos actuales que se quieren resaltar en un discurso ideológico se vinculan con estos personajes de manera que estos pasan a identificar a los conceptos. Para poder llevar a cabo dicha vinculación será necesario equiparar los hechos pasados protagonizados por los personajes históricos (o ficticios) con los hechos y protagonistas presentes: se establece entonces una similitud aparente (y legitimadora) entre hechos pasados y presentes. Dado que la relación es más fuerte entre emoción y personaje que entre emoción y hecho histórico, dependiendo del contexto histórico, el personaje aparecerá más relacionado con un determinado concepto cuyo significado y valoración pueden cambiar con el tiempo. Pero la variación en la valoración de un concepto ocurre también en los valores asociados con el héroe y consecuentemente en las emociones positivas o negativas que evoca. En otras palabras, si lo que se busca es dotar a un concepto de una valoración positiva, al héroe que personifica al concepto se le dotará de características como valor, sacrificio y honor; si en cambio el concepto tiene características negativas, el héroe será dotado de características también negativas como por ejemplo, egoísmo, desorden, desenfreno o traición. El cambio o la constancia en la valoración de un héroe permiten apreciar la variación en el tiempo del contenido semántico del concepto asociado.

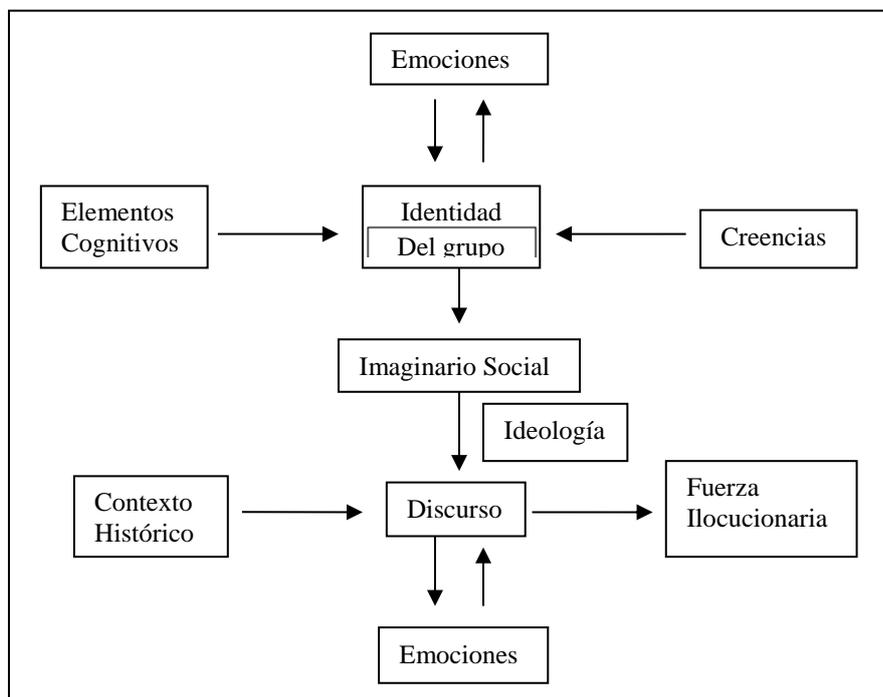


Figura 1. Interrelaciones entre Identidad – Discurso – Emociones

⁴⁶ Pilar García Trobat, *Constitución de 1812 y educación política* (Madrid: Congreso de los Diputados, 2010), 170.

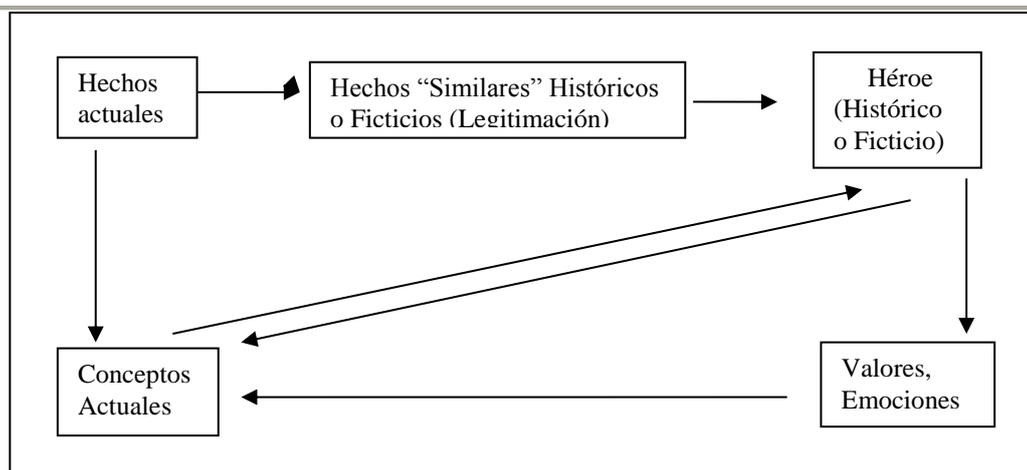


Figura 2. Héroes como Vehículos Emocionales

Para aclarar estas consideraciones metodológicas a continuación se presentan los diferentes usos realizados por los políticos españoles, desde el final del siglo XVIII hasta la mitad del siglo XIX, de personajes históricos: en particular los casos de Padilla y Pelayo.⁴⁷ Este periodo de transición del Antiguo Régimen al liberalismo está caracterizado por una gran variabilidad conceptual; nuevos y viejos conceptos, que en muchos casos se proyectan en un futuro de expectativas, engloban en su interior viejos y nuevos significados.⁴⁸ Padilla y Pelayo son personajes altamente representativos para la tesis defendida en este trabajo: el primero sobre cómo la variabilidad en la valoración del concepto Libertad afecta a la consideración del héroe; el segundo sobre cómo la estabilidad de los conceptos asociados con él, Nación unida y Religión, se traduce en una estabilidad en la valoración del personaje.

Tras la revolución de 1789, la invasión francesa de la península ibérica (1808-1814) y la “ausencia” del rey Fernando VII (retenido en Francia por Napoleón hasta 1814), todos los publicistas españoles, desde posiciones liberales y reformistas como obviamente desde posiciones del antiguo régimen, pusieron todo su empeño en desvincular sus propuestas políticas de las mantenidas por los revolucionarios franceses. En el afán legitimador de los nuevos conceptos políticos manejados fue muy frecuente recurrir al pasado y en particular a la Edad Media, para mostrar la continuidad de los principios defendidos.⁴⁹ Este recurrir al pasado medieval en la construcción de las nuevas identidades nacionales estuvo bastante generalizado en toda Europa.⁵⁰ El presente trabajo se centra en cómo personajes históricos, mitificados en sus gestas, son

⁴⁷ Hay numerosos trabajos, biográficos como historiográficos, centrados en estos dos personajes. Por ejemplo: Juan I. Gutiérrez Nieto, *Las Comunidades como movimiento antiseñorial: La formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521* (Barcelona: Planeta, 1973), citando en particular: “Evolución del pensamiento historiográfico sobre las comunidades”, 19-122; Julia Montenegro, y Arcadio del Castillo, “Pelayo y Covadonga: una revisión historiográfica”, en *La época de la monarquía asturiana*, Actas del Simposio Covadonga, 8-10 Octubre 2001 (Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos, 2002).

⁴⁸ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós, 1993), 343; para España, Javier Fernández Sebastián, y Juan Francisco Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español* (Madrid: Alianza, 2002).

⁴⁹ Javier Fernández Sebastián, “Política antigua-política moderna. Una perspectiva histórico-conceptual”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, vol. 35, 1 (2005): 165-81.

⁵⁰ Tal y como quedó de manifiesto en el NHIST *third cross-team Conference*: “The Role of Medievalism in the Writing of National Histories”, New College (Oxford), 6-8 abril, 2006 (http://www.uni-leipzig.de/zhsesf/documents/cross_team/Oxford_Scientific_Summary_2006.pdf [consulta 8 diciembre 2015]).

utilizados para defender y legitimar nuevos conceptos políticos o nuevas significaciones de los mismos, a través de las emociones que provocan en la audiencia.

Juan de Padilla: Libertad

El comunero Juan de Padilla fue protagonista de la guerra de las Comunidades de Castilla de 1520 contra Carlos V.⁵¹ Ya desde finales del siglo XVIII se acentúa la recuperación de la figura de Padilla en los discursos políticos o en las obras de teatro centradas en el personaje o en su viuda. Los hechos protagonizados por el comunero son relatados con más o menos detalle histórico, pero lo que siempre está presente es que Padilla encarna una serie de valores (y así pues produce una involucración emocional que no considero sea solo fruto de la corriente romántica que empieza a manifestarse). Pero se aprecian diferentes asociaciones conceptuales y de valoración del personaje entre los intelectuales ilustrados y los preliberales.

Ignacio García Malo, ilustrado que con el tiempo será un defensor de la Constitución de Cádiz de 1812, escribía en 1788 la obra *Doña María Pacheco, mujer de Padilla*, que representa la continuidad de la imagen tenida, durante el siglo XVII y casi todo el XVIII, de la guerra de las Comunidades y de aquel mismo. No se cuestiona que Padilla sea un luchador contra el despotismo de Carlos V en el siglo XVI, pero suscita suspicacia por lo que representa de intento de subversión social y política y sobre todo de menoscabo del poder del rey: su fracaso sería merecido dado que su acción atentó contra los designios divinos y reales. En 1788 la soberanía real no se cuestiona todavía.

Padilla encarna la lucha por la Libertad contra la tiranía pero esta Libertad no puede alcanzarse a costa de subvertir cualquier principio. En este caso el concepto de Libertad asociado con Padilla no tiene una valoración totalmente positiva porque el autor considera al héroe culpable del delito de falta de lealtad a Dios y al Rey. Esta asociación busca provocar en el público lector un cierto rechazo de la figura de Padilla, y así pues de la Libertad que él defiende, rechazo causado por la emoción que suscita el comportamiento desleal del héroe. En esta obra, Doña María, mujer de Pacheco, y defensora suya en el momento de la muerte de su marido (momento cumbre en la vida de cualquier persona y así pues momento de mostrar los verdaderos sentimientos y valores), asume el arrepentimiento que debería haber sentido Padilla por rebelarse contra el rey:

Sé que oponerme al rey es un delito/ de los más execrables y protervos;/ que merecen la pena más horrenda/ aquellos que profanan su respeto,/ porque a los soberanos como a dioses/ es preciso que todos veneremos./ Por tanto, arrepentida de mis culpas,/ hago solemne y firme juramento/ de lealtad al rey, y a todos pido/ que obedezcan sus leyes y preceptos.⁵²

⁵¹ Guerra iniciada por ciertas ciudades castellanas con el pretexto de la petición, considerada injusta, del rey a las Cortes de concesión de unos impuestos. Esta revuelta reflejaba, por una parte, el descontento (tanto nobiliario como popular) por lo que se sentía como un excesivo protagonismo del séquito flamenco del rey, a varios de cuyos miembros les fueron adjudicados importantes cargos. En esta guerra tuvieron un marcado protagonismo personajes como Padilla o Bravo. Por otra parte, los comuneros legitimaron su acción revolucionaria invocando la limitación del poder real y la tradición medieval pactista.

⁵² Ignacio García Malo, *Doña María Pacheco, mujer de Padilla* (Madrid: Viuda de Miguel Escribano, 1788; reimpr. Madrid: Cátedra, 1996), 170 (las páginas citadas se refieren a la reedición).

La emoción, provocada por el sentimiento de empatía que cada ser humano experimenta frente a una persona que está falleciendo, es aquí utilizada por el autor para reforzar el concepto de soberanía del rey.

De la misma manera que García Malo, en los inicios de 1808 numerosos publicistas tradicionalistas juzgaron de manera negativa a Padilla, por el hecho de que encabezó la insurrección del pueblo contra la soberanía del rey; además algunos de ellos presentarán la guerra de las Comunidades como una simple defensa de intereses particulares. Padilla no habría luchado por la igualdad o por la abolición de los privilegios nobiliarios; al contrario, le asocian con conceptos emocionalmente negativos como “la ambición, la venganza y otros tales; más también las miras que cada uno de ellos llevaba determinadamente”.⁵³ Para ellos Padilla utilizó en su provecho las necesidades y aspiraciones del pueblo haciendo un paralelismo con lo que intentan hacer los liberales de 1808 en contra de los intereses del rey Fernando VII.

Frente a esta postura, los liberales defenderán una diferente valoración y conexión conceptual de Padilla. Así, Manuel José Quintana (que será uno de los líderes del liberalismo gaditano) escribió en 1797 la *Oda a Padilla*, que solo podrá ser publicada a partir de 1808, donde este héroe es invocado para sacar de la apatía al pueblo español (queja habitual del mundo liberal y justificación de la mala situación económica de España en los inicios del siglo XIX) tras tres siglos de despotismo (siglos XVI al XVIII):

[...] Sombra sublime,/ rompe el silencio de tu eterna tumba;/ rómpete, y torna a defender tu España,/ que atada, opresa, envilecida, gime./ Sí, tus virtudes solas,/ solo tu ardor intrépido podría/ volvernos al valor, y sacudido/ por ti solo sería/ nuestro torpe letargo y ciego olvido.⁵⁴

Padilla murió injustamente, a pesar de su virtud puesta al servicio de la lucha, a manos del mismo Despotismo que reina en ese momento, Despotismo que ha atentado contra la justicia y la fe: “Virtud, Patria, Valor: tal fue el sendero/ que yo os abrí primero./ Vedle, holladle, volad; mi nombre os guíe,/ mi nombre vengador, a la pelea”.⁵⁵ En este caso Padilla aparece asociado con valores como Valor y Coraje, necesarios para que los españoles recuperen la Libertad. Esos valores se activan en el receptor al vincularlos con las emociones suscitadas por las injusticias y el sufrimiento padecido por el héroe.

En el mismo sentido, pero ya en un contexto histórico diferente al estar vigente la Constitución de Cádiz de 1812, Martínez de la Rosa (liberal moderado desde 1820) escribió la obra *La viuda de Padilla* (1812), donde Padilla es de nuevo asociado con Libertad pero también con la defensa del pacto Rey-Cortes (en numerosas partes de la obra la viuda de Padilla afirma que Carlos V traicionó el pacto entre el rey y la nación:

⁵³ Fray Francisco Alvarado, *Cartas críticas del Filósofo Rancio* (Madrid: Imprenta de E. Aguado, 1824), 149.

⁵⁴ Manuel J. Quintana, “A Juan de Padilla”, en *Poesías Completas* (1797; reimpr. Madrid: Castalia, 1980), 177 (175-82).

⁵⁵ *Ibid.*, 182.

“¿Y el nada nos juró?”),⁵⁶ cuyos principios se basan en una monarquía moderada y en el respeto por parte del rey de las leyes.⁵⁷

Al mismo tiempo, los liberales con aspiraciones más democráticas o radicales empezaron a asociar los actos de Padilla de 1520 con la reclamación de la soberanía popular:

En los movimientos populares de las comunidades de Castilla [...] se ven los esfuerzos del Pueblo para mantener los derechos de la Soberanía que miraban vulnerados [...] y la parte que en todo tomaron los eclesiásticos más distinguidos, y el sentimiento de dolor que manifestó la Ciudad de Valladolid al presenciar los castigos de los bizarros adalides de su libertad, descubren cuan arraigada estaba en el corazón Castellano la opinión de su Soberanía.⁵⁸

En este caso el autor del artículo refuerza el sentido positivo de la acción de Padilla y de los comuneros, asociándolo al sentimiento religioso dado el apoyo que tuvo por parte de algunos eclesiásticos.

El restablecimiento de la Constitución de Cádiz en 1820 –tras varios intentos de sublevación liberal durante el interludio absolutista de 1814-1820 del rey Fernando VII– llevó rápidamente a una equiparación de Rafael del Riego, el militar protagonista del último y victorioso pronunciamiento, con Padilla y demás héroes comuneros. Si hasta este momento se había producido una vinculación genérica entre la Guerra de la Independencia (contra Francia, 1808-1814) y la Guerra de las Comunidades (1520-1521) a través de la lucha por la Libertad personificada en Padilla, a partir de este momento se va a producir una estrecha vinculación entre Padilla, héroe del pasado, con otros héroes del presente. Ésta vinculación tendrá consecuencias sobre la valoración de Padilla, que se vuelve más contingente, debido a que los héroes a los que Padilla aparece vinculado van a pasar a ser patrimonio solo de una parte del liberalismo. La suerte de esos héroes será también la de Padilla.

En junio 1821 las Cortes promulgaron un Proyecto de Decreto para honrar a los héroes defensores de la Libertad de todos los tiempos.⁵⁹ Se presenta a Padilla bajo unos rasgos emocionales que facilitan el identificarse con él y su causa: “joven valiente y de carácter bondadoso”, que conserva la entereza e incluso el ánimo para sostener a sus compañeros en el momento de ser ejecutados, sin perder su fe: “ayer era día de pelear como caballero, y hoy de morir como cristiano”.⁶⁰ A partir de entonces Padilla se convierte en el defensor paradigmático de las libertades civiles y políticas y, por ende, de la Patria (en sentido político), estableciéndose un paralelismo entre héroes del pasado y héroes del presente que se plasma plásticamente al proponer en el Decreto el inscribir su nombre en el salón de las Cortes junto a otros padres de la Patria y especificando “Defensores de las libertades de Castilla”. De esta manera se establece una historia

⁵⁶ F. Martínez de la Rosa, “La viuda de Padilla”, en *Obras*, 71 (45-115).

⁵⁷ En el Acto Tercero, Escena Primera, el pueblo y las autoridades municipales se reúnen para decidir si rendirse o seguir luchando.

⁵⁸ *El Tribuno del Pueblo Español* (Cádiz), 31 (16 de febrero de 1813).

⁵⁹ Ana I. González Manso, “El pensamiento político medieval como referente ideológico en la definición del estado liberal español, 1814-1845”, en Pedro Rochas Arnas (coord.), *El pensamiento político en la Edad Media* (Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 2010).

⁶⁰ Sesión del 24 de junio de 1821 de los *Diarios de Sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias* (Madrid: imprenta de J. A. García, 1870-1874), 2157.

común y continua de defensa de unos valores concretos. También se producirá una transferencia de sacralidad representada por la exhumación y el posterior funeral de los restos de Padilla. Esta ceremonia aparece recogida en el periódico liberal *El Eco de Padilla*.⁶¹

Pero Padilla empezará, al mismo tiempo, a convertirse en un icono de los grupos liberales más exaltados y consecuentemente de su concepto de Libertad, así que su lucha no se verá ya asociada con la derrota del Despotismo sino con el concepto de Libertad de los liberales exaltados. Así será invocado en las Canciones Patrióticas de títulos como “A los ilustres Comuneros”, “Himno a los Comuneros” con un coro repitiendo “El sepulcro de Bravo y Padilla/ Adornemos con lauro inmortal,/ Y en su losa juremos ser libres,/ O en el campo de gloria espirar”.⁶² También la Milicia Nacional (elemento de enfrentamiento entre liberales moderados y exaltados, principales defensores de ésta) incorpora a Padilla en sus himnos: “De Padilla la sombra inmortal,/ O morir, o ser libres, clamando/ Españoles, mi ejemplo imitad;/ Milicianos, seguid el ejemplo/ Que os dio un día mi heroico valor;/ fuera, fuera tiranos y esclavos/ Libertad para el pueblo español”.⁶³

Esta asociación de Padilla con la libertad de los exaltados y el desorden que conllevó será duramente criticada por el resto de los liberales. Como ejemplo, el periódico liberal afrancesado *El Censor* explicó de la siguiente manera cómo la sociedad de los comuneros, que utilizaron a Padilla como su referente, se gestó: “[alguien] planteó el proyecto, se lo comunicó a algunos tontos que en su vida habían oído hablar de Padilla ni de la batalla de Villalar, escribió la constitución comunera [...]”.⁶⁴

Tras el fracaso del Trienio liberal (1820-1823), el retorno al absolutismo hasta 1833 (muerte del rey Fernando VII) y el triunfo progresivo de un liberalismo de corte más doctrinario, la figura de Padilla sufrirá un cierto declive. Los liberales progresistas, primero,⁶⁵ y posteriormente los republicanos y los elementos más democráticos, continuarán asociándolo con la libertad civil y política.⁶⁶ El resto del espectro liberal le criticará haber sido icono (involuntario) del liberalismo exaltado,⁶⁷ llegando incluso a poner en duda su patriotismo (y cuestionando así la reivindicación de este personaje con fines patrióticos nacionales) al considerar que se le debería asociar más que con Patria-Nación con Patria-Ciudad: “Cuando murió Juan de Padilla no creyó que moría por España, sino por Toledo, y el mi vida di por ti y otras expresiones de ternura y devoción en las cartas de su última hora a la ciudad a que una de ellas iba escrita se referían, y no

⁶¹ *El Eco de Padilla* (Cádiz), Suplemento 6 de octubre de 1821.

⁶² *Colección de Canciones Patrióticas* (Valencia: Librería Mariano de Cabrerizo, 1823).

⁶³ “Himno de la Milicia nacional de Rueda”, *El Universal* (Madrid), 15 (15 de enero de 1821), 54.

⁶⁴ *El Censor* (Madrid), 25 de mayo de 1822, 394.

⁶⁵ Juan Romero Alpuente, *Historia de la Revolución de España* (1831 –no impresa–; Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1989), 142.

⁶⁶ Luís Cucalón y Escolano, “D. Juan de Padilla”, en *Panteón de los mártires españoles sacrificados por la libertad e independencia* (Madrid: Imp. de D. E. Tamarit, 1848), 1-44; Victoriano Ameller y Mariano Castillo, “Juan de Padilla”, en *Los mártires de la libertad española. O sea historia de las personas notables del partido liberal de nuestro país que han perecido en el cadalso, o sucumbido víctimas de la tiranía a causa de sus convicciones políticas*, vol. 1 (Madrid: Imp. Luís García, 1853), 1-52.

⁶⁷ Antonio Alcalá Galiano, *Memorias* [1847-1849] (Madrid: Imprenta Rubiños, 1886); Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* [1880-1881] (Madrid: CSIC, 1946-1948), 119.

al reino entero”,⁶⁸ o al valorar el carácter supuestamente elitista y nobiliario de la guerra de las Comunidades: “Las comunidades de Castilla, señores, no se compusieron, como se ha dicho por los contemporáneos, de curtidores y pelaires, sino de personas muy ilustres, como los Lasos, los Girones, los Padillas, Bravos y otros apellidos de las familias más distinguidas de Castilla”.⁶⁹

Este análisis detallado de los usos en los discursos políticos del personaje histórico de Padilla por parte del mundo ilustrado y liberal resulta útil por ser este héroe paradigmático de la tesis defendida: el significado de un concepto necesita para su difusión de la mención de un héroe, pero los valores y las emociones relacionadas son los verdaderos símbolos movilizados de una nación; el héroe es solamente un vehículo de esa movilización. Con el fin de promover la adhesión, el concepto no puede basarse exclusivamente en la narrativa histórica de hechos pasados dado que diferentes interpretaciones conceptuales pueden ser asociados con la misma narrativa en un corto espacio de tiempo. Esa unión se conseguiría principalmente a través de valores que susciten emociones de manera que este recurso retórico pueda conducir a un efecto movilizador. Las emociones son las protagonistas en la producción de empatía con el héroe. Dado que Padilla estuvo fuertemente relacionado con el concepto de Libertad con el significado que le dio el liberalismo exaltado, sufrió un declive cuando moderación y orden se convirtieron en los valores prevalentes de ese concepto.

Pelayo: el valor de la religión y de la unidad de la nación

Pelayo y el Cid constituyen por su parte dos héroes más atemporales, “español como Pelayo y bizarro como el Cid”, con una mayor estabilidad conceptual a lo largo del siglo XIX (e incluso posteriormente en el siglo XX durante la dictadura franquista).⁷⁰ Pelayo, siglo VIII, ha sido considerado como el pionero de la gran Reconquista medieval contra los musulmanes (siglos VIII al XV), incitando a la acción en el caso de invasión por parte de extranjeros, y como el rey que ayudó a cancelar la memoria del final vergonzoso de los reyes visigodos (V al VIII siglos), especialmente la del último rey, Rodrigo. Durante los siglos XVIII y XIX la valoración de Pelayo permanece estable, relacionándole con los conceptos de Unidad territorial y de Cristiandad de la nación española. Permaneciendo esos conceptos estables, los rasgos y características de Pelayo, así como su valoración, no varían como en el caso antes considerado de Padilla.

A finales del siglo XVIII, Jovellanos, en su obra *Munuza*, vincula a Pelayo con la lucha contra la tiranía y la defensa del fuero de los Godos (“la ley de las Naciones”),⁷¹ pero también con la redención de los pecados cometidos por los españoles que han llevado a la invasión musulmana:

El gran Pelayo/ que sería nuestra única esperanza;/ quién nos dará socorro? Quién libranos/
podrá de tanto riesgo? El mismo cielo/ contra nuestros delitos irritado,/ nos entrega al furor

⁶⁸ Antonio Alcalá Galiano, *Lecciones de Derecho Político* [1843-1844] (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1984), 249.

⁶⁹ Agustín de Argüelles, sesión del 12 de enero de 1836 de los *Diarios de Sesiones*, nº 33, 383.

⁷⁰ Fernán Caballero [Cecilia Böhl de Faber y Larrea], *La Gaviota* (novela publicada como folletín en *El Heraldo* –Madrid–, mayo-junio de 1849; reimpr. Madrid: Espasa Calpe, 2004), 224.

⁷¹ Gaspar M. de Jovellanos, *Munuza* (Barcelona: Oficina Juan Francisco Piferrer, 1792), Acto Segundo, Escena III, 8.

de los infieles,/ y abandonando su piadoso brazo/ la nación, otras veces protegida,/ aun esta esclavitud que toleramos,/ es por ventura el miserable fruto/ de los excesos nuestros.⁷²

En el mismo sentido, en 1805, Manuel José Quintana asociará a Pelayo con la recuperación de una religión, de unas costumbres y de unas leyes frente a un enemigo exterior (en el caso de Pelayo los árabes, en 1808 los franceses que han invadido la península): “¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva/ Todo buen Español dentro de su pecho?/ [...] La augusta religión de mis abuelos,/ Sus costumbres, su hablar, sus santas leyes”⁷³.

Igual que en el siglo VIII se necesitó un líder, un rey que dirigiese la Reconquista (entendida como recuperación) del territorio ocupado por los árabes: Pelayo (considerado el primer rey astur-leonés), ahora se necesitan héroes que lideren la recuperación de España, de sus valores, costumbres y leyes. Pelayo representa la recuperación de la Patria (entendida como entidad territorial) y de los valores asociados con ella. Como adalid de la lucha se representa a Pelayo, modelo de virtudes cívicas, morales y guerreras, y ejemplo a seguir por parte de los luchadores de principios del siglo XIX.⁷⁴

Es por ello particularmente significativa la obra *La Sombra de Pelayo o El día feliz de España* de Gaspar de Zavala y Zamora representada en un teatro de Madrid el 14/10/1808 (mientras las tropas francesas intentaban ocupar la península), “en celebración del cumpleaños de nuestro amado (pero ausente) Rey y Señor Don Fernando VII”.⁷⁵ Este autor, utilizando la alegoría con la que los espectadores estaban acostumbrados dados los autos sacramentales de época barroca y los elementos efectistas, pone en escena a “España sentada, y apoyado el rostro sobre una mano, y con cadenas. El Valor y la Lealtad a sus pies, reclinadas las cabezas en su regazo, dormidos profundamente” se enfrentan al Despotismo rodeado de sus “dulces pasiones” (la Ambición, la Codicia, el Orgullo, la Lascivia, el Egoísmo, la Adulación y la Crueldad) y tentado por la Intriga Francesa. Es la Sombra de Pelayo la que logra despertar al Valor y a la Lealtad para que actúen y derroten al Despotismo en una representación donde visualmente se enfrentan todo el tiempo el Bien con el Mal, la Nobleza con la Falsedad.

Para hacer más eficaz la incitación a la acción que supone apelar a Pelayo, se le va a vincular con las emociones que suscita el amor filial. Es por ello que frecuentemente Pelayo es denominado Padre de la Nación. Numerosos autores liberales, de hecho, consideraron la monarquía visigoda como el antecedente directo de la monarquía del siglo XIX.⁷⁶

Así, cuando se quiere incitar a los españoles a la acción, se apela a su filiación, “hijos de Pelayo”, y a la transmisión de los valores del progenitor a sus descendientes actuales. Si no se actuase en el mismo sentido que lo hizo Pelayo, no solo se estaría traicionando a la Nación sino sobre todo al espíritu y voluntad del primer progenitor.

⁷² *Ibid.*, Acto Primero, Escena I, 3.

⁷³ Manuel J. Quintana, *Pelayo* (Madrid: Oficina García y Compañía, 1805), Acto Primero, Escena V, 15.

⁷⁴ *Ibid.*, Acto Quinto, Escena I, 58.

⁷⁵ Gaspar de Zavala y Zamora, *La Sombra de Pelayo o El día feliz de España* (Madrid: Imprenta de Ruiz, 1808).

⁷⁶ Francisco Martínez Marina, *Discurso sobre el Origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del Gobierno Español* (Madrid: Imprenta de Collado, 1813; reimpr. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1988).

André Burguière, en su estudio sobre el papel de los galos y francos en la historiografía de los orígenes de la nación francesa, afirma que la familia, con su bagaje emocional, fue tomada como modelo para la construcción de la nación y por eso se puede aplicar el discurso genealógico.⁷⁷ El atribuir la misma naturaleza, a la relación de parentesco y a la relación nacional, tiene un carácter cognitivo, pero es sobre todo emocional. En el caso de Pelayo la expresión “hijos de Pelayo” tiene tanto un valor genealógico como un papel movilizador. Es interesante destacar que este último aspecto puede también observarse en la expresión “los hijos de el Cid” en *El Himno de Riego*, himno nacional durante el *Trienio liberal* (1820-1823) y recuperado durante la Segunda República (1931-1939).

Pelayo, además de su vinculación con la Patria, entendida como territorio y no como entidad política con unos valores identitarios asociados y así pues con una fuerte vinculación emocional, debe su estabilidad en el imaginario colectivo al aparecer fuertemente asociado con la defensa de la religión.⁷⁸ La abolición de la Inquisición y la desamortización de los bienes de la Iglesia suscitaron un gran debate político; pero el papel de la religión no fue cuestionado en el nuevo marco creado por la Constitución de Cádiz de 1812.⁷⁹ Pelayo es visto como un símbolo de la España Cristiana, unida y eterna. Cristiandad que se manifiesta por ejemplo a través de las ayudas que Pelayo debió recibir de la Virgen en sus enfrentamientos contra los árabes (“Entonces, muy angustiado,/ de la Virgen Santa implora/ que la palabra le cumpla/ y que le dé la victoria./ Y la Virgen le responde:/ Mañana de Covadonga/ saldrás”).⁸⁰

A modo de conclusión

Tal y como se ha pretendido mostrar a lo largo del presente trabajo, la utilización de los héroes mitificados en los discursos políticos representa algo más que una técnica retórica. Refleja los valores (positivos o negativos) presentes en una sociedad independientemente de los cambios en el lenguaje político. Las emociones unidas a esos valores influyen la difusión de los conceptos con los cuales los héroes son asociados en los discursos políticos. Con el recurso retórico de evocación de unos héroes, el político busca provocar unas adhesiones (o rechazos) y facilitar la difusión de su mensaje ideológico. Para ello contaría aparentemente con la memoria colectiva existente sobre ese héroe. Pero ese héroe ha impregnado el imaginario de unas emociones que han tendido a pervivir (como elemento cognitivo personal y colectivo) más allá del recuerdo de las gestas protagonizadas por el mismo. Por ello y ya de

⁷⁷ André Burguière, “L’historiographie des origines de la France. Genèse d’un imaginaire national”, *Annales. HSS*, vol. 58, 1 (2003): 62 (41-62).

⁷⁸ La religión jugó un papel importante en la producción de textos fundacionales sobre las tradiciones heroicas, por ejemplo en Escocia, Noruega y Lituania: Linas Eriksonas, *National Heroes* o en Francia: René Rémond, “La fille Aînée de l’Eglise”. En el ejemplo propuesto en este trabajo, la mención a la religión está más en relación con la carga emocional de los sentimientos religiosos que no con el poder de la religión en la construcción de la sociedad.

⁷⁹ Así aparece recogido en el artículo 12, Capítulo II de la Constitución de Cádiz de 1812, en el artículo 11 Título Uno de la Constitución de 1837 y en el artículo 11 Título Uno de la Constitución de 1845. Para un estudio más detallado, Ana I. González Manso, “Tolerancia religiosa y modelo de iglesia en España en la primera mitad del siglo XIX”, *Historia Constitucional*, 15 (2014), 113-53, <http://www.historiaconstitucional.com/index.php/historiaconstitucional/article/view/400/359> [consulta 8 diciembre, 2015].

⁸⁰ Duque de Rivas [Ángel de Saavedra], *El moro expósito* (París: librería Hispano Americana, 1834; reimpr. Madrid: Espasa Calpe, 1982), 155 (la página citada se refiere a la reedición).

manera general, podemos afirmar que en la transmisión de cualquier mensaje político el aspecto emocional no debe de ser subestimado dado que juega un papel muy importante.

Profile

Ana Isabel González Manso graduated in Pharmacy in 1985 and obtained a PhD in Biology in 1992. She also graduated in History in 2008 at Universidad Complutense de Madrid (Spain), where she obtained final-year prize, and has a PhD in this specialty from the University of the Basque Country (Spain), where she is currently researcher. She has submitted numerous papers in national and international conferences, and articles in academic journals, on intellectual history. The list includes: “Los principios políticos de Alberto Lista: un análisis conceptual e histórico”, *Revista de Estudios Políticos*, 152 (abril-junio 2011), 143-181; “Cambios conceptuales y emociones: una propuesta de teoría integradora”, *Historiografías, revista de historia y teoría*, 2 (julio-diciembre 2011), 29-44; “Tolerancia religiosa y modelo de iglesia en España en la primera mitad del siglo XIX”, *Historia Constitucional*, 15 (2014), 113-153; “Una nueva forma de pensar el tiempo, una nueva forma de pensar la historia: el siglo XIX en España”, *Almanack Guarulhos*, 10 (agosto 2015), 236-254; and y “Reformulando los Conceptos Asimétricos: la Simetría de la Asimetría”, *História da Historiografia* (forthcoming).

Ana Isabel González Manso es licenciada en Farmacia (1985) y doctora en Ciencias Biológicas (1992). Es también licenciada en Historia (2008) por la Universidad Complutense de Madrid (1992), con premio Extraordinario en esta licenciatura, y doctora en Historia por la Universidad del País Vasco, donde, en la actualidad, es investigadora colaboradora. Ha presentado numerosas ponencias en congresos nacionales e internacionales, así como publicado diferentes artículos relacionados con la historia intelectual. La lista incluye: “Los principios políticos de Alberto Lista: un análisis conceptual e histórico”, *Revista de Estudios Políticos*, 152 (abril-junio 2011), 143-181; “Cambios conceptuales y emociones: una propuesta de teoría integradora”, *Historiografías, revista de historia y teoría*, 2 (julio-diciembre 2011), 29-44; “Tolerancia religiosa y modelo de iglesia en España en la primera mitad del siglo XIX”, *Historia Constitucional*, 15 (2014), 113-153; “Una nueva forma de pensar el tiempo, una nueva forma de pensar la historia: el siglo XIX en España”, *Almanack Guarulhos*, 10 (agosto 2015), 236-254; y “Reformulando los Conceptos Asimétricos: la Simetría de la Asimetría”, *História da Historiografia* (pendiente de publicación).

Fecha de recepción: 24 de junio de 2015.

Fecha de aceptación: 27 de noviembre de 2015.

Publicación: 31 de diciembre de 2015.

Para citar este artículo: Ana Isabel González Manso, “Héroes nacionales como vehículos emocionales de conceptos políticos”, *Historiografías*, 10 (julio-diciembre, 2015): pp. 12-30.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/10/manso.pdf>